



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 15 de mayo de 2002

Dios interviene en la historia

1. La *liturgia de las Laudes* nos propone una serie de cánticos bíblicos de gran intensidad espiritual para acompañar la oración fundamental de los salmos. Hoy hemos escuchado un ejemplo tomado del capítulo tercero y último del libro de Habacuc. Este profeta, que vivió a fines del siglo VII a.C., cuando el reino de Judá se sentía aplastado entre dos superpotencias en expansión, por un lado Egipto y por otro Babilonia.

Con todo, muchos estudiosos consideran que este himno final es una cita. Así pues, en un apéndice al breve escrito de Habacuc se habría insertado un auténtico canto litúrgico, "en el tono de las lamentaciones", "para acompañar con instrumentos de cuerda", como dicen las notas situadas al inicio y al final del cántico (cf. *Ha* 3, 1. 19b). La *liturgia de las Laudes*, recogiendo el hilo de la antigua plegaria de Israel, nos invita a transformar en canto cristiano esta composición, escogiendo algunos de sus versículos significativos (cf. vv. 2-4. 13a. 15-19a).

2. El himno, que entraña también una considerable fuerza poética, presenta una grandiosa imagen del Señor (cf. vv. 3-4). Su figura se impone solemne sobre todo el escenario del mundo, y el universo se estremece a su paso. Avanza desde el sur, desde Temán y desde el monte Farán (cf. v. 3), es decir, desde la región del Sinaí, sede de la gran epifanía reveladora para Israel. De igual modo, en el salmo 67 se describía al "Señor que viene del Sinaí al santuario" de Jerusalén (cf. v. 18). Su presencia, según una tradición bíblica constante, está llena de luz (cf. *Ha* 3, 4).

Es una irradiación de su misterio trascendente, pero que se comunica a la humanidad. En efecto, la luz está fuera de nosotros, no la podemos aferrar o detener; sin embargo, nos envuelve,

ilumina y calienta. Así es Dios, lejano y cercano, inasible pero está a nuestro lado, más aún, dispuesto a estar con nosotros y en nosotros. Al revelarse su majestad, responde desde la tierra un coro de alabanza: es la respuesta cósmica, una especie de oración a la que el hombre da voz.

La tradición cristiana ha vivido esta experiencia interior no sólo dentro de la espiritualidad personal, sino también en atrevidas creaciones artísticas. Por no citar las majestuosas catedrales de la Edad Media, mencionamos sobre todo el arte del Oriente cristiano con sus admirables iconos y con las geniales arquitecturas de sus iglesias y sus monasterios.

La iglesia de Santa Sofía de Constantinopla es, a este respecto, una especie de arquetipo por lo que atañe a la delimitación del espacio de la oración cristiana, en la que la presencia y la inasibilidad de la luz permiten captar tanto la intimidad como la trascendencia de la realidad divina. Penetra en toda la comunidad orante hasta la médula de sus huesos y a la vez la invita a superarse a sí misma para sumergirse en la inefabilidad del misterio. Son también significativas las propuestas artísticas y espirituales características de los monasterios de esa tradición cristiana. En aquellos auténticos espacios sagrados —y el pensamiento va inmediatamente al monte Athos— el tiempo contiene en sí un signo de la eternidad. El misterio de Dios se manifiesta y se oculta en esos espacios a través de la oración continua de los monjes y de los ermitaños, que desde siempre han sido considerados semejantes a los ángeles.

3. Pero volvamos al cántico del profeta Habacuc. Para el autor sagrado, el ingreso del Señor en el mundo tiene un significado preciso. Quiere entrar en la historia de la humanidad, "en medio de los años", como se repite dos veces en el versículo 2, para juzgar y mejorar esa historia, que nosotros llevamos de modo tan confuso y a menudo perverso.

Entonces, Dios muestra su indignación (cf. v. 2c) contra el mal. Y el canto hace referencia a una serie de intervenciones divinas inexorables, aun sin especificar si se trata de acciones directas o indirectas. Se evoca el éxodo de Israel, cuando la caballería del faraón quedó ahogada en el mar (cf. v. 15). Pero también se vislumbra la perspectiva de la obra que el Señor está a punto de realizar con respecto al nuevo opresor de su pueblo. La intervención divina se presenta de un modo casi "visible" mediante una serie de imágenes agrícolas: "la higuera no echa yemas y las viñas no tienen fruto, el olivo olvida su aceituna y los campos no dan cosechas, se acaban las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo" (cf. v. 17). Todo lo que es signo de paz y fertilidad es eliminado y el mundo aparece como un desierto. Se trata de un símbolo frecuente en otros profetas (cf. *Jr* 4, 19-26; 12, 7-13; 14, 1-10), para ilustrar el juicio del Señor, que no es indiferente ante el mal, la opresión y la injusticia.

4. Ante la irrupción divina el orante se estremece (cf. *Ha* 3, 16), un escalofrío le penetra por los huesos, tiemblan sus entrañas y vacilan sus piernas al andar, porque el Dios de la justicia es infalible, a diferencia de los jueces terrenos.

Pero el ingreso del Señor tiene también otra función, que en nuestro canto se ensalza con alegría. En efecto, en su indignación no olvida su misericordia (cf. v. 2). Sale del horizonte de su gloria no sólo para destruir la arrogancia del impío, sino también para salvar a su pueblo y a su ungido (cf. v. 13), es decir, a Israel y a su rey. Quiere ser también liberador de los oprimidos, suscitar la esperanza en el corazón de las víctimas, abrir una nueva era de justicia.

5. Por eso, nuestro cántico, a pesar de estar marcado por el "tono de las lamentaciones", se transforma en un himno de alegría. En efecto, las calamidades anunciadas están orientadas a la liberación de los oprimidos (cf. v. 15). Por consiguiente, provocan la alegría del justo, que exclama: "Yo exultaré con el Señor, me gloriaré en Dios, mi salvador" (v. 18). Esa misma actitud la sugiere Jesús a sus discípulos en el tiempo de los cataclismos apocalípticos: "Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación" (*Lc* 21, 28).

En el cántico de Habacuc es bellissimo el versículo final, que expresa la serenidad recuperada. Al Señor se le define —como había hecho David en el salmo 17— no sólo como "la fuerza" de su fiel, sino también como aquel que le da agilidad, lozanía y serenidad en los peligros. David cantaba: "Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza, (...). Él me da pies de ciervo y me coloca en las alturas" (*Sal* 17, 2. 34). Ahora nuestro cantor exclama: "El Señor soberano es mi fuerza, él me da piernas de gacela y me hace caminar por las alturas" (*Ha* 3, 19). Cuando se tiene al Señor al lado, no se temen ni pesadillas ni obstáculos, sino que se prosigue con paso ligero y con alegría por el camino de la vida, aunque sea duro.

Saludos

Saludo a los peregrinos de lengua española; de modo particular a los miembros de la cofradía del "Lignum Crucis", de España. Os deseo a todos abundantes frutos espirituales de vuestra peregrinación a Roma y copiosa efusión de dones del Espíritu Santo en la ya cercana fiesta de Pentecostés. Muchas gracias por vuestra atención.

(A los fieles croatas)

Que la próxima solemnidad de Pentecostés, con la que termina el tiempo pascual, profundice aún más en vosotros la gratitud por los múltiples dones que el Espíritu Santo otorga siempre en abundancia.

(En italiano)

Hoy es la Jornada mundial de la familia, instituida por las Naciones Unidas en 1994, que se celebra por primera vez también en Italia, para reafirmar el papel social fundamental de la institución familiar. Amadísimos hermanos, al manifestaros mi vivo aprecio por vuestro generoso compromiso, os deseo que las instituciones reconozcan plenamente los valores de la familia con

políticas encaminadas a promover su elevada función. Quiera Dios que se fortalezca cada vez más la convicción de que el futuro de la humanidad y de la Iglesia pasa a través de la familia.

A los jóvenes, a los enfermos y a los recién casados:

Mientras nos preparamos para la solemnidad de Pentecostés, os exhorto, queridos *jóvenes*, a ser siempre dóciles a la acción del Espíritu Santo, os animo a vosotros, queridos *enfermos*, a invocar su luz y su fuerza en el sufrimiento y en la prueba; y a vosotros, queridos *recién casados*, os deseo que crezcáis en el amor que el Espíritu de Dios derrama en los corazones.